

### ¿qué sociedad, qué educación, qué sindicato?

**Imanol Zubero Beaskoetxea.** Doctor en Sociología y Profesor Titular en la Universidad del País Vasco. Autor y coautor de numerosos artículos y libros sobre sindicalismo y cambio tecnológico, movimientos sociales, voluntariado, violencia y política en el País Vasco.

Publica asiduamente en medios nacionales y vascos. Ha participado activamente en movimientos y organizaciones sociales del ámbito del antimilitarismo y ciudadano. Fue uno de los promotores de Gesto por la Paz. De inquietudes políticas, fue uno de los impulsores de la plataforma política Aldaketa, que propició el cambio político en Euskadi en 2008. En esos años fue también senador por el PSE-EE.

De entre sus últimas publicaciones destacamos *La cuestión del otro: forasteros, extranjeros, extraños y monstruos*, junto con Amaia Izaola, *Superpoblación o sobre consumo*, *Malthusianismo práctico*, *exclusión global y población sobrante* y *La ciudad como espacio común*, todos ellas del año 2015.

Entre otros puestos académicos y sociales, es Presidente de la Asociación Vasca de Sociología y Ciencia Política y miembro del claustro de la UPV-EHU.

### Conferencia final

## Humanizar la vida

Parece que es lo esperable de un sindicato y más en estos tiempos. Pero a mí me ha alegrado mucho que este sea el título del cierre de estas jornadas, como me ha alegrado mucho que el primer acto de este cierre sea detenernos un rato a escuchar música con un cuarteto de cuerda tan bien interpretada. Y mientras lo escuchaba, me ha venido a la cabeza que en la historia del movimiento obrero ha habido mucha costumbre de mezclar la perspectiva de lucha, la militante, con cultivar también la perspectiva espiritual –laica–, estética, que es la musical. Y recordaba una que es de la canciones más hermosas del amplísimo cancionero del movimiento obrero británico que se titula “Bread and Roses” (Pan y Rosas), quizás escuchada en la divertida película “Orgullo”. Hay un momento de la película que narra la lucha minera contra el gobierno Thatcher, apoyados por el colectivo de gays y lesbianas de Londres. En esta película hay un momento muy emotivo, precisamente cuando se canta esta canción por mujeres: “queremos pan, pero también queremos rosas”. A mí me parece, por tanto, que es un acierto de Pablo, de Macu, de quienes han organizado esta jornada de que empecemos por aquí.

Entrando un poco más en materia, conocí a Ángel Gabilondo justamente en un momento en que tomé la decisión porque Euskadi tenía un déficit de humanidad brutal (por cierto, hoy seguimos teniendo muchos déficits de humanidad; afortunadamente, algunos de ellos los vamos resolviendo). En aquel momento, Ángel Gabilondo es ministro de Educación, cuando yo decidí poner mi grano de arena como solidaridad con los militantes vascos están siendo masacradas, apartados de la sociedad vasca y eran objetivo prioritario de ETA. Lo hice por solidaridad con la mala suerte de salir después elegido senador. De esa experiencia –bastante desastrosa– me traigo alguna positiva, como la

de ver a un personaje como Gabilondo que aunque hizo política con mayúsculas, jamás dejó de ser una persona con identidad propia, que no acabó subsumido por esa vorágine que es la política. Por tanto, me alegró mucho de estar aquí.

**La humanización solo se puede construir entre seres iguales. Y esto entronca con una tradición militante muy importante entre nosotros, tanto política como sindical, es la tradición de la lucha por la igualdad**

He cogido, sencillamente, la estela del título propuesto y voy a plantear en pocos minutos una tesis muy breve. Cuando me situaba ante ese “Humanizar la vida” y lo relacionaba con el sindicato y con la educación, me salía, en primer lugar, la importancia de la mirada. Uno de los libros que más me han impresionado de todos los que he leído es la primera parte de la biografía carcelaria de Primo Levi, *Si esto es un hombre*. En él cuenta su experiencia como judío italiano, cuando es apresado y mandado a Auswichtz. Allí había distintas formas de llegar y continuar. Si eras mujer, niño o anciano, se consideraba que no valías para nada y acababas directamente en las cámaras de gas. Si, por el contrario, eras hombre y servías para algo, realizabas alguna actividad. Primo Levi era químico y le enviaron a la fábrica de caucho que había allí. Pero no valía con decirlo; había que demostrarlo. Le hicieron un examen y él cuenta cómo le examinaron: entra en una sala donde había un doctor que no se dignó en mucho tiempo en levantar su vista para observarle. Al final lo hizo, le realizó el examen –en opinión de Levi el más difícil que pasó nunca– y antes de suicidarse, ya liberado del campo de exterminio, Primo Levi contaba que le hubiera gustado volver a verle, no por venganza, sino porque en su opinión había un elemento fundamental para comprender el misterio del alma humana. Dice lo siguiente: “Aquella mirada –la del doctor– no se cruzó entre dos hombres y si yo supiese explicar a fondo la naturaleza de aquella mirada, intercambiada como a través de la pared de vidrio de un acuario, entre dos seres humanos que viven en medios diferentes, habría explicado también la esencia de la locura del Tercer Reich alemán”. De aquí sale una primera afirmación que es que la humanización solo se puede construir entre seres iguales. Y esto entronca con una tradición militante muy importante entre nosotros, tanto política como sindical y es la tradición de la lucha por la igualdad. Porque la igualdad no es cualquier cosa; no se resuelve con cuatro servicios más, con 4€ más. Lo de la igualdad tiene que ver con un elemento fundamental que es el reconocimiento, que todas y todos formamos parte de una misma humanidad. Por tanto, como describe el sociólogo escandinavo Göran Therborn, “la desigualdad mata”. La desigualdad tiene que ver con un sentimiento de reconocimiento o como dice Wilkinson “La desigualdad es mala para la salud, es mala para la cohesión social, es mala para la vida”. Por tanto, la reclamación de la igualdad es una necesidad de nuestro sindicato y de los movimientos civiles y no debemos dejarnos robar esta reivindicación.

Además en el caso de un sindicato como este que también trabaja la esfera de la educación es especialmente importante, porque más allá de la igualdad de oportunidades, que, pese a muchos retrocesos, se ha ido consiguiendo, no debemos olvidar nunca que quienes trabajamos en las aulas y además –como es mi caso que tengo una hija en el instituto– cuando vamos a las reuniones de las AMPAs observamos que siguen muchos niños y niñas acudiendo a clase con una mochila pesadísima de la que no pueden desprenderse que es su entorno, que son sus familias; de las que no tienen ninguna responsabilidad; es la mala suerte bruta. Por tanto, recuperar la idea de igualdad y animar que esta sea uno de los elementos definitorios de nuestra actividad diaria, en nuestros centros de trabajo y, especialmente, en nuestros centros educativos.

Segunda afirmación. El problema de este cruce de miradas éticas es que por el mero hecho de que nos miremos dos seres humanos, deba darse por hecho que nos estamos mirando dos seres humanos. Otra vez, dos mujeres hacen una reflexión muy potente al respecto: Susan Sontag en uno de sus últimos libros, antes de fallecer, *Ante el dolor de los demás*, escribe: “No debería suponerse un nosotros cuando el tema es la mirada del dolor de los demás” y Judith Butler, otra filósofa interesante, en un libro Marcos de Guerra dice que la reconocibilidad no es una cualidad humana que se da naturalmente. Ella dice: “Una vida tiene que ser entendida como vida, tiene que conformarse a ciertas concepciones de lo que es la vida para poder resultar reconocible”. Por tanto hay que trabajarse la reconocibilidad y, sin embargo, tenemos todas y todos una capacidad enorme para reconocer diferencias y convertirlas en desigualdades. Hay que combatirlo y en el ámbito de las sociedades en las que estamos, tenemos que reforzar mucho para conseguir unidad en la diversidad. Sé que es especialmente difícil para un profesorado que tiene que enseñar matemáticas, ayudar a comer y obtener buenos resultados en PISA. Pero es la única posibilidad que nos queda para sobrevivir en un mundo que va a ser cada vez más multicultural. Evidentemente hacer esto en los contextos actuales de los estado-nación clásicos ya era difícil, pero hacerlo en un contexto de globalización, lo es aún más. Y esto nos lleva a un tercer reto.

### **Hay que recuperar la idea de igualdad y animar a que esta sea uno de los elementos definitorios de nuestra actividad diaria, en nuestros centros de trabajo y, especialmente, en nuestros centros educativos**

El dramaturgo romano Publio Terencio, allá por el siglo II a.C. publicó una obra de teatro, una comedia, en realidad, donde se recoge una frase que nos alumbrará cada vez que pensamos en términos de humanidad y globalidad: “Hombre soy y nada humano me es ajeno”. Esta frase es hoy literalmente cierta. Cuando se derrumbó aquel edificio en Bangla Desh, lleno de talleres textiles, seguramente si nos miramos las marcas de la ropa que llevamos puesta encontraremos que algunas prensa se fabricaron allí. Estamos totalmente interconectados por los productos que producimos, que consumimos; estamos conectados por información –no hay nada que se nos escape; vivimos ya en un mundo que es de cristal; estamos conectados también por experiencias, por afectos, -hoy en día en nuestro entorno familiar hay sobrinas/os chinas, pero que son vascos/as, parientes que son ucranianos, pero plenamente vascos. Y todo esto es bueno porque nos ubica en un contexto de globalidad. ¿Qué quiere decir globalidad? En palabras del sociólogo Ulrich Beck, globalidad quiere decir que ya no hay espacios cerrados, que vivimos en entornos totalmente abiertos.

Buena ocasión para recuperar otra línea-fuerza del movimiento obrero histórico que ha sido la internacionalización. Tenemos que recuperar de nuevo esta dimensión internacionalista, seguramente no podrá hacerse en el siglo XXI desde las fábricas, habrá que integrar a otros agentes también globales. Pero esa estrofa de la canción que dice “...el género humano es la internacional” debemos seguir cantándola todos los días. Porque con los consiguientes límites medioambientales y ecológicos, el género humano será internacional o no será.

Sin embargo, a pesar de estas tres pinceladas que he dado, cuando miramos el mundo comprobamos que aún falta mucho para tener un mundo plenamente humanizado. Los sociólogos y las sociólogas solemos tender a mirar lo oscuro del mundo y seguramente es nuestro oficio. Sin embargo, hace un tiempo escuché una conferencia de un estadístico que utilizó una expresión que me llamó mucho la atención. Decía que cuando Martin Luther King movilizó a tantísima gente detrás de sus reivindicaciones no dijo “tengo una pesadilla”, sino que dijo “tengo un sueño” En mi opinión, no

es buenismo sino aclarar que también tenemos que encontrar espacios de salida en los momentos actuales. Hay una filósofa, Hannah Arendt, que escribió un libro *Hombres en tiempos de oscuridad*, también muy recomendable, que decía “Aun en los tiempos más oscuros tenemos derecho a esperar cierta iluminación que puede provenir menos de las teorías y de los conceptos que de la luz incierta titilante y a menudo débil, que algunos hombres y mujeres reflejarán en sus trabajos y en sus vidas bajo casi cualquier circunstancia”.

Termino. Creo que a esto es a lo que se ha dedicado durante mucho tiempo Ángel Gabilondo, sin peloteo. Ha iluminado con sus trabajos y su vida esos tiempos oscuros. Vengo leyéndole hace tiempo y en *La vuelta del otro* dice “La diferencia no se reduce a la diferencia de uno consigo mismo, ni simplemente a la de uno con otro sino que es la experiencia única de una irrupción de la palabra y de la mirada que es la que hace posible esas otras formas de alteridad”. La palabra y la mirada creo que son claves en la obra de Ángel Gabilondo.

Muchas gracias.